

CREADORES (20) ANNA MALAGRIDA



Anna Malagrida, fotografiada en la Sala dels Miralls del parque del Tibidabo de Barcelona a finales de julio

“Al apagar las luces empieza otra vida”

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN / XAVIER CERVERA (FOTO)

Conversaciones nocturnas: son distintas, porque “cuando se apagan las luces empieza otra vida”, vidas diferentes, vidas actuales, vidas que no son solitarias aunque las personas estén solas. Nadie como la fotógrafa catalana Anna Malagrida (Barcelona, 1970) nos las había mostrado con tanta intensidad al captar con su ojo de artista ese momento en que la comunicación cambia y siendo los mismos somos diferentes. Como Edward Hopper y su ya celeberrimo *Nighthawks*, como los claroscuros del barroco, como las cajas de luces que iluminan y ocultan al tiempo, tres de las referencias constantes en su obra en expansión vital. Uno se acerca a sus ventanas, convertidas en territorios propios, como si lo hiciera a un espejo o a un caleidoscopio, a una cortina rasgada. Hace ocho años *Cultura/s*, entonces en sus principios, publicó un documental sobre una de sus obras, perteneciente a la serie *Interiores*. Eran imágenes de un edificio de Montparnasse al caer la noche, las escenas interiores iluminadas, la fachada exterior en penumbra: “La geometría moderna dejaba imaginar en su superficie plana lo que ocurría en su interior y a la vez sugería esa sensación de aislamiento y fragilidad que nos ofrece la gran urbe contemporánea”, escribió Anna Malagrida entonces. En ocho años, su obra se ha ampliado, ha ahondado en la investigación de los límites de la fotografía, tal como ella se la plantea, pero no ha perdido esa fresca capacidad de perforar nuestro corazón contemporáneo.

Resulta natural que a la fotógrafa Anna Malagrida su familia le recomendara que, antes de dedicarse al arte, estudiara alguna cosa que tuviera salidas; los padres siempre se preocupan por el momento en que los hijos tenemos que salir al mercado laboral. Y con razón. “Pensa-t’ho”, le dijeron. En su caso, sin embar-

go, resulta algo más chocante que en la mayoría, teniendo en cuenta sus genes: su tía es la pintora Anna Miquel, un tío de su bisabuela se llamaba Rusiñol, en la familia de su madre hubo otro pintor llamado Miralles en el siglo XIX, sus primos son los músicos Vila Vecchia... Anna Malagrida estudió Ciencias de la Información en la Universitat Autònoma de Barcelona, trabajó tres años en el parque del Tibidabo –aún conserva un pequeño espejo de su famosa sala–, y estudió fotografía en la escuela GrisArt, donde la calidad y la categoría de los profesores le hicieron desear profundizar en la materia. También entonces conoció a Humberto Rivas, el gran fotógrafo nacido en Buenos Aires y radicado largos años en Barcelona hasta su muerte en el 2009. Anna Malagrida había descubierto en él a su maestro, y su opción por la fotografía se confirmó al obtener una plaza por concurso, la primera obtenida por una española, en la prestigiosa École Nationale de Photographie de Arlés (Francia); allí también se encontró con muy buenos profesores, pero además el resto de los alumnos eran igualmente estimulantes. De vuelta a casa, da clases en la Escola Politécnica de Terrassa, hasta marchar, por motivos sentimentales, a París. Allí vive con su marido, el también fotógrafo Mathieu Pernot, y sus dos hijos.

Fue en París donde inició dos series que daban ya medida de su orientación fotográfica. Dos series complementarias, como el positivo y el negativo, retratos y fachadas, dentro y fuera, *Interiores*. Con ellas quería realizar un retrato de su generación, personas conocidas, amigos y familia, trabajando en su casa, pero en composiciones muy elabo-

radas, con mucha puesta en escena, hasta que finalmente los espacios se convierten en anónimos, iluminados por televisores y ordenadores, como una forma de acercarse a la pintura de claroscuros, pero también a la vida. Junto a los retratos, fachadas que permiten imaginar más que ver el interior, como el edificio de Montparnasse, luces y sombras de gentes que al anochecer se conectan a sus ordenadores y hablan. Después vendría la serie *Point de vue*, más conceptual pero al mismo tiempo también más pictórica, una indagación en un espacio ligado a la infancia y a la memoria de la artista, el antiguo Club Méditerranée, un centro de vacaciones en el cabo de Creus, expropiado por el Estado al declararse el entorno par-

que natural. La ventana confirma su papel relevante en la fotografía de Malagrida, como se verá más adelante en *Vistas veladas*. En estas hay un punto de partida más político si se quiere, en el sentido más sociológico del término; también de género: el velo tapa, impide ser vista y ver. En la ventana de un hotel de lujo de Ammán: ¿cómo se ven las cosas desde las atalayas del poder? No busca en estas imágenes sobreexpuestas mostrar los exteriores, sino la distancia que media entre nosotros y lo que vemos. ¿Fotografiar la distancia? Sí, es posible.

En la actualidad trabaja en dirección al vídeo, relacionado con su serie *Escapates*. Acaba de exponer en la Mapfre de Madrid, a lo grande, pero sigue llevando dos cámaras, una para el instante; la otra, la definitiva, con película. De las que hay que revelar y esperar. Porque “la experiencia de la espera tiene que ver con el deseo”. “Y me gusta preservarlo”, afirma.

MI MAESTRO



HUMBERTO RIVAS: 'BUENOS AIRES', 1984

Humberto Rivas, fotógrafo, fallecido el pasado año

■ “Una tarde de verano di con el retrato de María, 1979, en la portada de un libro de Humberto Rivas. No conocía su trabajo y compré el libro. Este encuentro cambió mi rumbo. En sus fotografías había un extraño silencio que no me ha dejado nunca. Decidí tomarme en serio esa afición. Contacté con él, sin conocerle, para enseñarle algunas de mis fotografías. Me sorprendió su trato tan cercano. En ese primer encuentro me dio un consejo valioso: cuando hagas fotos, mira hacia dentro. Y aunque nos ha dejado, sus retratos me siguen mirando con la misma intensidad”.